

LA BATALLA DE ITALIA

EDUARDO HARO TECLEN

ITALIA va bandeándose difícilmente por su crisis número 38 a contar desde el final de la guerra. Sale a más de un Gobierno por año. En los veinte años anteriores sólo tuvo un primer ministro, Benito Mussolini. La crisis permanente de que se acusa a la democracia parece, sin embargo, preferible a la estabilidad de la dictadura. Sobre todo, si se afina en el estudio del caso, se podrá observar que la base del problema político italiano no es el de la movilidad, la mutación, la ruptura continua de una filosofía de gobierno, sino, por el contrario, la persistencia por todos los medios de un mismo Gobierno con distintos nombres, con formas alótropicas ocultando un mismo sistema, una misma clase: lo que representa la Democracia Cristiana. Cuando se dice que persiste "por todos los medios" no parece que se pueda excluir ninguno, si se cree lo que revela "L'Espresso", no desmentido por la magistratura, y que provoca la creación de un comisión de encuesta en el Parlamento: algunos políticos, algunos personajes de la DC habrían estado comprometidos en el secuestro y asesinato de Aldo Moro, presidente del partido. El "caso Moro" ha estado lleno de misterios nunca resueltos, y de sospechas ni confirmadas ni rebatidas con entereza: existen las cartas y los documentos de Moro, algunas declaraciones de miembros de las Brigadas Rojas, ciertos testimonios que dieron siempre a sospechar que la DC no había querido salvar a Moro. El Imperio de la "razón de Estado" —no negociar con los terroristas— podría ocultar un deseo de ver desaparecer un personaje engorroso que se salía o quería salirse de la inmovilidad del partido, que preparaba un entendimiento mayor con el Partido Comunista. Dejar matar a Moro sería un golpe doble: de una parte, aumentaba el "terror al terrorismo", que tiende siempre a ayudar a la estabilidad y al centro; desprestigiaba a la extrema izquierda, añadía credibilidad a la lucha de un Gobierno que no negocia ni para salvar a una de sus personas más queridas. Pasar de esa niebla de sospechas a una acusación directa en la preparación y la com-

placidad del crimen es un paso muy grave. Se ha dado, y posiblemente se contendrá. Ninguno de los partidos, incluido el comunista, tiene demasiado interés en que la vieja estabilidad de lo inestable se modifique.

El PCI, probablemente, menos que ningún otro partido. Sin duda considera que no puede aproximarse al poder, por ahora, si no es dentro del vehículo de la DC, llevado por ella, instalado por ella. Garantizado por ella ante las distintas oposiciones, de dentro y de fuera del país. La idea de que los comunistas, aun siendo el segundo partido de Italia, escasamente separado del primero —en las elecciones de 1976 tuvo 34 por 100 de los votos, por 36 por 100 a la Democracia Cristiana—, formando parte de un Gobierno con otros partidos de izquierda, pero con exclusión de la DC, es impensable. No teóricamente, ni legalmente: sino por la fuerza de las razones exteriores a la política democrática. Si la DC tiene esta larga continuidad en el poder en Italia, es precisamente como barrera, como bloque de hormigón frente al comunismo. Formó parte de una trama americana que servía para la Europa Liberada —Francia, Alemania Federal, Italia— porque representaba teóricamente un cristianismo activo, basado en los fuertes pilares de la Iglesia —sobre todo en Italia—, capaz de hacer olvidar el fascismo —sus hombres se había formado en la resistencia, en el exilio— y de evitar que el comunismo ascendente —crecido en las alianzas democráticas con la URSS y en la verdadera conducción de la resistencia armada, capaz de ofrecer la teoría de un cambio verdadero sobre estructuras podridas— ganara posiciones.

Está Italia ahora en una batalla de la misma guerra. Los esfuerzos del PCI por salir del compartimento estanco en que estaba encerrado —imposibilidad de acceso al Gobierno, listas negras que impedían a sus miembros obtener puestos en la Administración, evicción de la empresa privada, falta de subvenciones a sus centros, periódicos, etcétera— han llegado a un punto probablemente máximo: a la participación en el pacto del "arco constitucional", con una ma-

yoría parlamentaria que sostuviera el Gobierno. En las elecciones de 1976, vistos los porcentajes, el partido reclamó ya puestos en el Gobierno; se le contestó que debía pasar aún un período de prueba, demostrar que su lista eurocomunista seguía sin depender de Moscú, que aceptaba el proceso democrático en el país. Las demostraciones del PCI han sido más que suficientes. Hasta expo-

de la clase trabajadora que culpa a su propio partido del pacto que les ha vuelto a congelar otra vez en su necesidad de salir de una situación apurada; otro, las manipulaciones, las maniobras de la DC y otros partidos para llegar a sacarles del pacto y alejarles cada vez más del poder. Lo han denunciado así. Han visto que la DC está dispuesta a volverles al compartimento estanco en cuanto pue-



Si la DC tiene esta larga continuidad en el poder en Italia, es precisamente como barrera, como bloque de hormigón frente al comunismo. En la foto, Giulio Andreotti.

nerse a perder adhesiones en un país donde la izquierda tiene mucho de qué quejarse. Sin embargo, el pacto de los seis países del "arco" ha dado algunos buenos resultados: una reducción de la inflación —del 23 al 12 por 100—, una mejora en la balanza de pagos, una reserva de oro y divisas bastante aceptable; pero la verdad es que esta mejora no se ha transmitido al pueblo, que el paro ha continuado creciendo y los precios han ido siempre por delante de los salarios. El Sur del país ha continuado en el subdesarrollo, la enseñanza está destrozada y el terrorismo no tiene límites: sus acciones salpican ya —como queda dicho antes— al mismo partido que representa al Gobierno, tocado también por una corrupción que llegó al mismísimo jefe de Estado —el Presidente Leone, forzado a dimitir, también por unas revelaciones de "L'Espresso"—. El PCI ha visto en este momento dos peligros graves: uno, la pérdida de votos y de adhesiones por parte

de, después de haberles utilizado para contener la clase obrera. El intento de la DC es tan difícil como una cuadratura del círculo: se trata de que el PCI siga comprometido con su Gobierno, pero al mismo tiempo alejado del poder. Que colabore y no pida. Poder decir al pueblo que el PCI está con ellos, y a los Estados Unidos y la Iglesia que lo tiene dominado. Todo esto es posible si el PCI quiere, si considera que esa táctica puede llegar a serle útil. Parece haber advertido que se vuelve contra él. Y que hay una presión seria en estos momentos. Precisamente la nueva guerra fría de los Estados Unidos y su no tolerancia del eurocomunismo, y el cambio de actitud de la Iglesia, representada por una curia romana que ha preferido un Papa no italiano a cambio de tener un Papa firmemente conservador —y que comprometa menos en sus acciones contrarias al desarrollo social izquierdista a la Iglesia italiana— que no permite equívocos, ofrecen un

momento propicio para excluir a los comunistas. Sobre todo si, como creen en la DC —y en los círculos de poder que la sostienen—, el PCI está en pérdida de popularidad. Se esgrimen datos de las últimas elecciones locales para estimar que en unas elecciones generales el Partido Comunista quedaría por debajo del 30 por 100 y la DC por encima del 40 por 100 (estos cálculos están he-

darían al Partido Demócrata Cristiano un porcentaje excelente, que los socialistas avanzarían también y que los comunistas perderían bastante. Sería el momento de celebrar esas elecciones y de formar, después, un gobierno de la línea "centro-sinistra", ya conocida, pero bastante más fuerte porque contaría con un mayor número de diputados —si los cálculos de ahora son veraces—. No impor-

lo menos, a los partidos que les presentasen. Una fórmula que el Partido Demócrata Cristiano acoge con numerosas reservas, y que los comunistas no pueden todavía aceptar, porque rompe su campaña de solicitar que haya ministros comunistas, del partido en el Gobierno. No ha dejado de dar a entender, de todos modos, que estaría dispuesto a escuchar otras fórmulas que ofrecieran garantías equivalentes —equivalentes a la inclusión de ministros comunistas— que ofrecieran "estabilidad, eficacia y solidaridad". Es probable que el PCI no acepte ninguna fórmula claramente hasta después de su Congreso en marzo, en el que la dirección del partido espera obtener, ofreciendo este rostro de energía, nueva fuerza y capacidad de oposición— un referendo y una unidad que ahora no son muy firmes. Por lo tanto, salvo un caso de urgencia, irán sosteniendo la crisis ministerial hasta, por lo menos, después del Congreso.

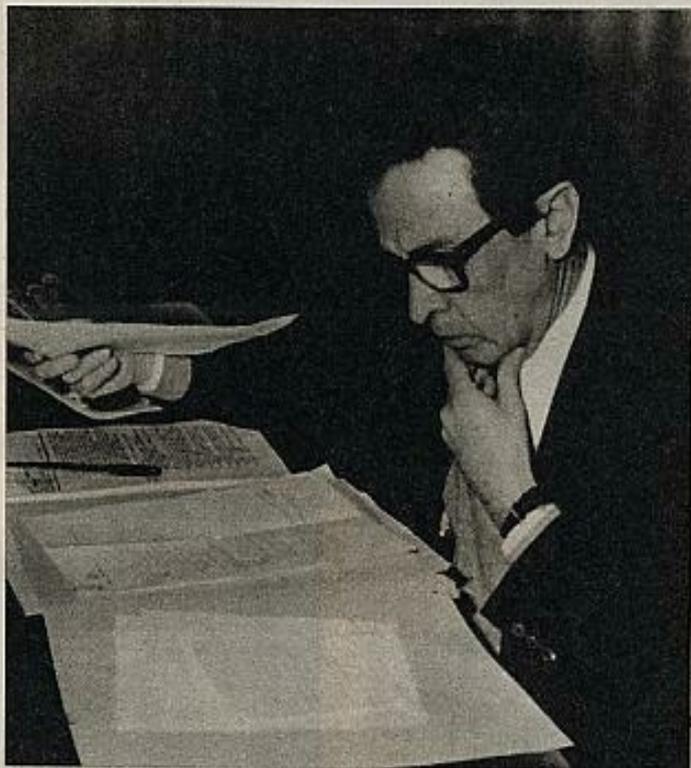
Por su parte, la DC está interesada —como los socialistas, como los partidos menores— en mantener una fórmula lo más parecida a la actual, evitar la ruptura, evitar el lanzamiento del PCI a la oposición hasta después de junio; sería entonces el momento de disolver la Asamblea, convocar elecciones generales y alzarse con las ganancias, abriendo su alianza a los socialistas, y presentándose en Europa limpios de comunistas, y ante el país como una fuerza estable. Exhibiría su capacidad para haberse liberado de la tutela comunista, que ahora la tiene mal situada ante los Estados Unidos y sus aliados en Europa y con la hostilidad de los círculos de capital, de la Iglesia y del Ejército dentro del país. Si entonces acertara a gobernar con unas ciertas ventajas económicas para las clases no privilegiadas, a un mejor reparto de la riqueza y una cierta limitación del terrorismo, habría vuelto a colocar al comunismo en su antiguo "ghetto". Donde quizá pueda ser más útil para la clase que defiende. Para ese "acierto" tendría que contar con apoyos que ahora se le niegan. Probablemente los grandes industriales volverían a invertir, y a fortalecer ciertas empresas estatales; sería su fórmula de demostrar que frente al comunismo todo funciona, con el comunismo no puede funcionar.

De todo esto hay algunas lecciones, algunas equivalencias, que se pueden calcular en España. No todas, naturalmente, ni en las mismas circunstancias. El dibujo de un Gobierno de centro con el Partido Socialista sería, naturalmente, distinto, puesto que lo probable es que el PSOE esté, en resultados electorales, muy cerca de UCD; un Gobierno de los dos partidos tendría un significado muy distinto en España que en Italia.

También tendría más oposición: en Italia, la derecha es más amplia y el socialismo es más doméstico, mientras que en España la derecha fuerte —la de fuera del Gobierno— no ve demasiadas diferencias entre socialistas y comunistas, y ha empezado ya su campaña englobando a los "marxistas" como enemigos. Y el PSOE, efectivamente, está —en bloque— más a la izquierda que el socialismo italiano. Por otra parte, el PCE no tiene la fuerza electoral del PCI; si el tercer partido del Parlamento lo es a gran distancia de los otros dos, y no parece que las elecciones vayan a cambiar su clasificación. A pesar de todo, el miedo que despierta en la derecha es superior, sin duda por su fuerza sindical y por la capacidad que tiene de convertir una minoría en una presión real.

Hay también en el caso italiano una trascendencia considerable para lo que llamamos "eurocomunismo". Lo que le sucede al PCI en esta pugna en la que realmente se le quiere arrojar fuera del círculo mágico del Gobierno y de las decisiones, los debates de su Congreso, el resultado de las elecciones generales cuando se celebren, puede determinar unos cambios de posición importantes, en los que también influirá el resultado de la votación de junio para el Parlamento italiano. El PCI, y otros partidos eurocomunistas, están reduciendo ahora sus distancias con respecto a la URSS. Hay en ello una parte de amenaza a las estructuras imperialistas, capitalistas y anticomunistas nacionales: la de que pueden volver a aliarse con la URSS en un momento de reanudada guerra fría. Pero hay también una reserva de lo necesario: si todas esas fuerzas se empeñan en volverles al "ghetto", al aislamiento y las fórmulas civiles y políticas de persecución —de las que, en realidad, no han salido nunca— podrían volver a endurecerse, a dejar de colaborar y a desenterrar el hacha de la guerra. Ya que no se les acepta la pipa de la paz... O se les acepta con trampa, con segundas —o terceras— intenciones.

El mundo está en un trance de variación considerable, desde la "conversión" de China hasta la guerra civil en el Irán; todo ello, como la momificación de la política rumana, está sucediendo en las fronteras de la URSS. Hay un designio claro en la política de Washington: lo debe haber, menos claro, en la de Moscú. La influencia que todo ello está teniendo y va a tener en las vidas de cada uno de nosotros es muy considerable. No hay, por lo tanto, que reducir a términos demasiado locales lo que está sucediendo en Italia. Es una parte del complejo todo. ■



El PCI ha visto en este momento dos peligros graves: uno, la pérdida de votos y adhesiones por parte de la clase trabajadora; otro, las maniobras de la DC por sacarles del pacto. (Berlinguer estudia unos documentos.)

chos antes de las revelaciones del "caso Moro"; podrían haber cambiado ahora).

Otros acontecimientos influyen en la situación. En el mes de junio se celebrarán las elecciones para el Parlamento Europeo; se calcula que los comunistas —de toda Europa occidental— van a obtener una minoría de votos: quizá menos del 10 por 100. Y se calcula también que los socialistas europeos —y entre ellos los italianos— van a ser el partido mayoritario, seguidos por los partidos llamados de centro, entre los cuales está la Democracia Cristiana italiana —y las de otros países—. Incluso los medios centristas sospechan que pueden ser ellos los primeros, sobre todo con el apoyo de la Iglesia, que ha comenzado ya a funcionar en este sentido, y de otras fórmulas cristianas. Si esto fuese así, su influencia en el electorado nacional de cada uno de los países podría ser muy sensible. Los círculos de poder italiano consideran que, después de junio, unas elecciones generales

taría, entonces, que el Partido Comunista pasará a la oposición. Cuando importa es ahora. Razón por la cual el PCI precipita ahora la crisis, y los grupos en torno a la DC tratan de reanudar la situación anterior, por lo menos hasta el mes de junio.

No es extraño, por lo tanto, que la propuesta de solución de compromiso parta del Partido Socialista. Consiste ésta en que Andreotti dirigiera el nuevo Gobierno, pero que ese nuevo Gobierno no estuviera formado por hombres de la DC —como el que acaba de caer— ni tampoco por miembros de los otros partidos, puesto que la inclusión de comunistas no es aceptable: sería un clásico Gobierno de "personalidades independientes", como el de Portugal, pero con una novedad: serían los partidos políticos los que nombrasen esas personalidades independientes, previa dosificación de las carteras. Personas conocidas por su valía personal en los campos para los que fueran designados ministros, pero no contrarios, por